

verdades. La primera, que hay placeres tan distantes de ayudarnos á conseguir la felicidad, que antes bien nos apartan, y llevan á su mayor contraria, que es la miseria. La segunda, que en quanto á la naturaleza que al presente tenemos, se debe advertir, que nuestro amor propio, el qual parece que solamente nos excita, é impele á buscar nuestra felicidad, al mismo tiempo nos incita, y espolea á desear indistintamente, y á procurar todo género de placer, aunque sean contrarios á nuestra verdadera felicidad; porque este apetito es tan ciego como la misma voluntad, que es su principio. Dios mismo es el que nos ha dado este inquieto, é incansable movimiento de nuestra alma para bien de ella misma; pues regulado por la recta razon puede excusarnos de muchos, y graves daños, y hacernos felices del todo. Al contrario, quando este mismo movimiento ó no dá oídos á la razon, ó la hace retroceder, entonces con impetuoso furor nos lleva al precipicio de la mayor infelicidad. Por lo que importa mucho á qualquiera de los hombres, y especialmente á los jóvenes, el estar oportunamente sobre aviso para ver cómo han de arreglar este amor propio, y para conocer que hay muchos bienes, y placeres, que en vez de buscarse, y apetecerse, deben huirse; porque nos conducen, y arrastran al mayor dolor, y mas deplorable miseria, de lo que hablaremos luego al cap. XXI de la felicidad, y tambien en el XXX.

CAPITULO XIV.

Del apetito de la conservacion del propio individuo, y de la propia especie.

§. I.

Comenzando ahora á dividir, y esparcir en varios ramos aquellos dos apetitos generales de conseguir los bie-

bienes, y evitar los males, que como ya hemos dicho, pueden reducirse á uno solo, digo, que el primero que nace de aquellos dos principales apetitos es el de conservar el individuo propio. Para conocer al punto, que la misma naturaleza nos enseña, y guia al amor de nuestro propio ser, que es este compuesto de alma, y cuerpo, el qual hace que seamos lo que somos, basta el acordarse que el gran Director de toda nuestra voluntad, y de todas nuestras acciones, es aquel amor intenso, y perpetuo con que nos amamos, el qual hace que sea la vida tan amable, y por el contrario sea la muerte tan aborrecible, y tan mal recibida del comun de los hombres. Pruebe alguno á querer privarnos de este precioso tesoro sin razon, ni autoridad para ello; ¿qué esfuerzo no hacemos entonces para defenderle, y guardarle? No hay animal, por pequeño que sea, á quien la naturaleza no haya enseñado á hacer esto mismo. Y quando nos asaltan enfermedades, que amenazan cortar el hilo de nuestros dias; ¿qué horror, y qué tormentos no padecen muchos, quando llegan á entender, ó se persuaden que están á los umbrales de la muerte? Yo sé muy bien, que muchos sacrificarían de buena gana dignidades, y riquezas, y aun Reynos enteros, si pudiesen evitar la muerte de este modo; porque al fin, perdiendo la vida, se pierde todo. El mismo Autor de la Naturaleza, que nos puso en este mundo, quiso que facilmente llegásemos á conocer, y distinguir lo que puede dañarnos, y deshacer esta bella hechura de sus manos, con darnos á este fin los sentidos que nos sirvan de centinela, y de mensageros para informar al entendimiento de todo quanto pasa fuera de nosotros; y ademas de esto con hacer que el dolor nos avise, é informe de tantos cuerpos, y movimientos, que en todo, ó en parte pueden destruir la armonía de este nuestro compuesto, y que el hambre por una parte, y el gusto de los manjares por otra nos mueva, ó incite de quando en quando á reparar aquellos espíritus, y partículas, que insensiblemente va

exhalando nuestro cuerpo; pues sin estos reparos se arruinaría la casa en que habita nuestra alma. El mismo Dios nos ha dado las pasiones para este mismo fin; esto es, para que nos ayuden á guardar el tesoro de nuestra vida; de modo, que nuestra alma, sin que ninguno la enseñe, se mueve de varios modos, ó para apartar de nosotros el mal, ó para buscar, y abrazar el bien; á la manera que quando tropezamos, ó nos empujan naturalmente, y sin pensarlo al tiempo de caer en tierra, extendemos las manos para reparar el golpe, y defender el cuerpo. Qualquiera que viese delante de sí un león, un tigre, ó un oso, aunque jamas hubiese visto alguna de estas fieras, con todo eso, reconociéndolas por cosa que le pudiese ofender, y que le faltan las fuerzas para resistir, se sentiría oprimido de un temor vehemente, y gritaria buscando, implorando socorro, ó si no, corriendo, procuraria escapar de aquel peligro; del mismo modo quando se nos presente alguna otra bestia, ó persona en acto de poder hacernos mal, al punto nuestra alma, enseñada de la naturaleza, se conmueve toda, y creyendo poder hacerle frente, excitará la indignacion, y el atrevimiento, suministrando á los miembros los espíritus, y movimientos necesarios para ofender, y defenderse.

§. II.

HAY entre los Filósofos una gran controversia, como ya hemos insinuado arriba, sobre si el hombre tiene, ó no ideas innatas de muchos primeros principios, ó físicos, ó metafísicos, ó morales: pretenden algunos que Dios ha infundido en nuestra naturaleza ciertos conocimientos con los quales midiendo, y combinando muchas cosas, y muchas proporciones, podamos sin maestro alguno reconocer si son verdaderas, ó falsas, buenas, ó malas, feas, ó hermosas. Defienden otros, que aun estos primeros principios los aprehendemos, ó los inferimos de la observacion, y combinacion de las cosas que

que ya sabemos; y por consiguiente ningun principio, conocimiento, ó idea sale con nosotros del vientre de nuestra madre, y que nuestra alma está formada á manera de un papel blanco, ó una tabla lisa, en la qual despues, por medio de los sentidos, y de la reflexion, se escriben poco á poco todas nuestras ideas, y los primeros principios. Por lo que á mí toca no me atreveré á negar obstinadamente estas ideas innatas. El hombre luego que llega al uso de la razon sabe, sin maestro alguno, distinguir entre el orden, y el desorden, y entre el concierto, y desconcierto del sonido; y sabe tambien distinguir entre la hermosura, y la fealdad, y entre otras muchas cosas útiles, ó laudables, dañosas, ó vituperables. A mí me parece, que todo esto no es otra cosa que un excitar en nosotros aquellas ideas impresas por la naturaleza misma: y acaso puede pertenecer á esta disputa quanto hemos dicho poco ha, sobre si aquel repentino conocimiento del hombre de que pueda dañarle un leon, ó un tigre, y semejantes bestias feroces, de las quales jamas haya tenido idea, ni por haberlas visto, ni por relacion de otros: si esto, digo, puede atribuirse á una idea impresa en nosotros preventivamente por nuestra naturaleza, ó si esto proviene de un puro mecanismo, como parece que sucede en las ovejas, y corderos; estas huyen al punto de la terrible vista del lobo, aun la primera vez que le ven, pudiendo suceder, que de los ojos de estas fieras salgan algunos espíritus que vayan á herir los ojos, y la fantasía de quien las mira. De la misma manera puede preguntarse en el hombre, si aquel semejante terror se engendra en él por un velocísimo discurso de nuestro entendimiento, el qual combinando con la idea ya adquirida de otras bestias dañosas, la nueva presencia de un leon, halle motivo de temer á este lo mismo que á las otras. Fuera de que la misma novedad de ciertos objetos feos, y espantosos, aun sin saber que estos nos hagan daño, puede causar temor en nuestra alma por la sola duda de si podrán,

ó no podrán hacérselo. Basta por ahora el decir, que la naturaleza nos ha dispuesto de tal modo, que con poco motivo podamos comprender en muchos casos aquello que es contrario, y dañoso á nuestra vida, ó para que lo evitemos, ó para que nos defendamos. Creo como cosa evidente, que ninguno tiene necesidad de ir á la escuela para aprender de otros á desear la conservación del propio individuo; y que ninguno negará que debemos esté poderoso impulso á la naturaleza, que aunque sorda, es maestra muy ingeniosa. De esto mayormente nos puede certificar la observacion de este mismo apetito, que en las bestias irracionales llamamos instinto: huyendo estas de las cosas dañosas, y haciendo tantos esfuerzos para evitar la muerte, vienen á confirmarnos la verdad ya insinuada; esto es, que tanto el amor, y deseo de la vida, como el odio, y aborrecimiento á la muerte, son producciones de la naturaleza. Cómo, pues, este apetito, ó por exceso, ó por defecto llegue á ser en nosotros vituperable, y vicioso, y qué moderacion nos convenga tener en esto, lo declararemos mas abaxo. Entre tanto traeré á la memoria, que de este principio nacen los deseos del comer, y del beber, y todos los que pertenecen á la salud, como tambien de este mismo traen su origen muchas acciones morales del hombre, ó sabias, ó ridículas, ó virtuosas, ó viciosas. Por tanto, importa mucho, á todos el conocer bien esto, como tambien nuestros varios apetitos; pues de la buena regulacion de estos movimientos de nuestra naturaleza, y voluntad depende la gloria del hombre sabio; y este es el camino derecho para conseguir la felicidad que tanto deseamos.

§. III.

EL segundo entre nuestros apetitos es aquel que mira la conservación de la especie. No obstante la actividad del apetito, de que hasta ahora hemos hablado,

y

y aun quando hagamos quanto sabemos, y queremos para mantener nuestra vida en este mundo, esto es, la union de nuestra alma con el cuerpo; al fin esta misma vida tiene sus términos señalados por el Sapiéntísimo Criador nuestro, y ha de llegar el caso de separarse, y divorciarse estas dos substancias despues de pocos, ó muchos años, ó dias, por medio de un corte, ó una disolucion terrible, que llamamos muerte. Pero aquel mismo Señor, que por los altos fines de su providencia no ha querido que alguno de los hombres habite sobre la tierra perpetuamente, ese mismo Señor quiere que jamas falten hombres que la habiten, deleytándose, por decirlo así, que en este teatro del globo terraqueo comparezcan nuevas escenas, con una sucesion, y constante armonía. Ha conseguido este Señor su designio, fabricando y disponiendo de tal manera el género humano, que un hombre produzca otro; y si de tanto en tanto se disminuyen los individuos, quiere, no obstante, que dure la especie en otros nuevos. Al tenor de esta resolucion ha formado dos distintos géneros de las mismas criaturas humanas, machos y hembras, y ha dispuesto sus cuerpos con tal artificio de miembros, humores, é imagiaciones, que por sí mismas, y sin maestro que las enseñe se sienten inclinadas á la generacion de otro su semejante, hallando tambien en esto su interes el amor propio. Otro tanto ha practicado aquel omnipotente, é inagotable Artífice, fabricando otras innumerables criaturas sensitivas, que aunque son menos nobles que el hombre, no son menos maravillosas hechuras de su infinita sabiduría, disponiendo en todas ellas, aun en las mínimas, y quasi imperceptibles á nuestra vista, los instrumentos, los muelles, resortes, movimientos, é impulsos necesarios para renovar su especie en otros individuos. Estas son cosas notorias á todos, pero solamente en la superficie, y por tanto no causan alguna maravilla en el vulgo: la causan sí en los Filósofos, y hombres sabios, que atentamente contemplan las obras de

de Dios, y no acaban de admirar los motivos que tiene su Magestad para renovar de mano en mano, y conservar las criaturas mortales, y caducas en este baxo mundo, observando dos efectos tan estupendos como perpetuos de su providencia, y poder divino: el primero, que pudiendo nacer por exemplo solos hombres, ó solas mugeres, como ya insinué en otra parte, con todo eso nuestro mundo con alguna proporcion está siempre surtido, y quasi en igual balanza de número correspondiente de los unos, y de las otras: el segundo, que pudiendo qualquier hombre producir en el tiempo de su vida tantos hijos, y produciendo algunas veces muchos, con todo eso el número de los hombres en varios países se mantiene siempre en una igualdad conveniente; y si hay alguna disparidad, solamente es accidental, y jamas llega á ser excesiva.

§. IV.

Siendo, pues, el cuerpo humano fabricado con tal destreza, y con ruedas, muelles, y resortes de tan delicada energía, que son capaces de mover nuestra alma, nace de aquí el apetito que ya he propuesto, y que tiene por Autor la mano sapientísima del que lo es de la naturaleza. Fué un delirio de solos los Maniqueos, gente que esparció otros errores extravagantes, el enseñar que el ministerio de los cuerpos para la propagacion de la especie no se debia atribuir á nuestro buen Dios, sino al mal principio que ellos soñaron. No es necesario gastar palabras para impugnar tan descabellada opinion. El matrimonio es una cosa santa, y la verdadera Fe nos asegura, que tuvo su origen desde el principio del mundo, establecido por el mismo Dios, y su santo precepto. Grita la razon natural, juntamente con la Fe, que sin este medio, al qual debe mirar siempre el ya citado apetito, quando es bien regulado, no puede mantenerse en el mundo aquella mas noble especie, que puso Dios sobre la tierra con el destino de cultivarla, y gozarla, y acre-

centar su hermosura, y belleza. Ni yo tengo dificultad alguna en tocar este argumento ligeramente, y advertir á los jóvenes (con tal que hayan llegado á tener un buen fondo de razon, como lo pide el estudio de la Filosofía Moral); porque aun quando se me presenten los peligros que acompañan á esta advertencia, con todo eso me parece, que no son pocos los que trae consigo el meterse en la escuela de los exemplos del mundo, y en las lecciones de malos compañeros, para aprender aquello que sin estos maestros puede enseñarles, y pueden aprender de sola la inclinacion natural. Por tanto debería examinarse si acaso seria mas conveniente, que los prudentes, y sabios padres, ú otros virtuosos directores previniesen con tiempo sus hijos, ó discípulos contra el abuso que puede hacerse, y demasiadamente se hace de la ignorancia, y simplicidad de la juventud incauta, y desproveida de armas contra un acometimiento tan peligroso, practicándose todo esto sin correr la cortina á este feo teatro, y sin hacer que la malicia, ó se despierte, y nazca, ó se aumente, y crezca. Intento aquí hablar siempre de aquellos mancebos destinados á vivir en el siglo, y que ya están puestos entre las frecuentes ocasiones de hallar maestros, y maestras de mala vida; porque para el que aun conserva una bienaventurada ignorancia sobre este punto, y puede guardarla en la abstraccion, y retiro, están muy lejos las peligrosas lecciones del mundo, y no hay necesidad de enseñarles á defenderse de un enemigo que aun no conocen, ó que ciertamente no está en parage de hacerles una guerra cruel, como la hace á quien vive en medio de las conversaciones, y pasatiempos del siglo. Antes bien siempre ha sido, y será una grande iniquidad el asesinar con lecciones perversas en este género, mucho mas con los hechos la inocencia de los otros. Pero con todo esto, si á muchos, y muchas es provechoso el saber poco, ó nada de estas delicadas materias, á otros muchos suele ser nocivo el saber demasiado poco, es-

tando sujeta la incauta juventud á padecer muchos, y deplorables engaños en este punto. Por esto es necesario caminar con circunspeccion para no encender fuego donde todavía no le hay; pero luego que los jóvenes han de entrar en el tráfico del gran mundo, y aun antes de esto si llega á transpirarse, que ó la compañía de sus iguales, ó la malicia que se adelantó á la edad los haya sacado del camino de la inocencia, y natural tranquilidad, será mejor por lo comun el darles alguna noticia, aunque vaga, de este furioso apetito, y de sus funestas consecuencias; haciéndoselas ver en los exemplos de otros muchos, que jamas faltan, para que conciban miedo, y horror, y puedan si quisiesen aprender de las locuras de otros, á no ser locos tambien ellos. Ciertamente que no está concedido á todos el saber hacer esto. Pero ya que no puede excusarse el que la naturaleza, y la práctica del mundo dexen de poner en movimiento este tal apetito, será mas conveniente que el hombre prudente, y sabio presente con tiempo á los jóvenes alguna idea del mencionado apetito, imprimiéndoles con algun horror aquello mismo que con gusto, y sin correctivo alguno pueden aprender en las lecciones primeras del mundo perverso. Son efectivamente tantos los desórdenes, los errores, las locuras, y miserias á que conduce, y guía este apetito quando la razon no le refrena, ni contiene, y no lo endereza á aquel fin honesto para que Dios nos lo ha dado, que seria, ó por lo menos deberia ser una gran ventaja para todo hombre juicioso el conocerlo antes de experimentarlo. De este apetito nacen la luxuria, la impudicia, la impureza, nombres distintos, pero que significan una misma cosa; esto es, un vicio abominable, y bestial, contra el qual suelen declamar directa, y francamente los Sagrados Oradores; pero con juiciosa cautela, de manera, que condenan sus excesos sin enseñarlos, y hacen ver su abominable fealdad, sin ofender los oidos del auditorio puro, y casto. Por tanto, luego que los jóvenes han tocado en cierta edad, en

la que puede creerse que se despierten, ó se aprendan ciertas malicias, será conveniente, y á las veces necesario el proponerles con frecuencia el amor á la pureza, y modestia, y hacerles ver el peligro que se halla en las conversaciones amorosas entre personas de diverso sexo, y los efectos ridículos, y deplorables que de aquí se siguen: de manera, que sepan con tiempo que este apetito, ó instinto natural, bien que sea agradable á primera vista, puede por esta misma razon ser un enemigo cruel, y un fiero traidor, quando no se contiene dentro de las reglas de la moral christiana, la qual vá en esto acorde con las de la recta razon. Felices aquellos jóvenes, que con tiempo se arman de rigurosa animosidad para mantenerse puros, y castos, sin dexarse llevar de los consejos, y desenfreno de otros, y sin tomar exemplo de los malos, y locos, semejantes sin duda á las bestias insensatas; antes bien siguen las huellas de otros muchos de su misma edad, y condicion, que guardan sabiamente las reglas de la pureza, y castidad, por la qual se hacen semejantes á los Angeles del Señor; pero de esto volveremos á tratar despues.

CAPÍTULO XV.

Del apetito de la libertad dividido en dos, esto es, en deseo de independencia, y deseo de superioridad.

§. I.

EL tercero de los poderosísimos apetitos del hombre es el de la libertad, ó facultad de obrar cada uno á su modo: este lo divido aun en otros dos, en deseo de independencia, esto es, de no estar sujeto á otro hombre, y en deseo de superioridad, quiero decir, de mandar á los otros. El apetito de la conservacion de la especie, de que hemos hablado poco antes, trae su origen de la par-